

LOS PRIMEROS VERSOS DE NÚÑEZ DE ARCE

Entre las muchas cosas interesantes que se guardan en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, figuran los papeles del erudito historiador del Teatro español, don Manuel Cañete, que a su muerte pasaron a manos del maestro.

Con el número 118 aparece entre los citados papeles la carta y la composición que copio a continuación:

«Sr. D. Manuel Cañete.

Muy Sr. mío: al ver en el número 2433 del Heraldo, correspondiente al 17 del pasado abril, la apología justa é imparcial que V. hace del Sr. Selgas y Carrasco, concebí la idea de presentarle algunas composiciones de otro ingenio también provinciano, también desconocido, también modesto y tampoco muy afortunado, á fin de fijar sobre él la atención del Gobierno, si lo creía oportuno, igualmente. Con este objeto me atrevo á dirigirle la adjunta introducción al poema de Toledo, patria del autor, que, en mi pobre entender, basta por sí sola a conquistarle un lugar entre nuestros poetas, sinó preferente, tampoco despreciable; máxime atendida la circunstancia de haberle escrito hace un año contando entonces diez y seis de edad aun no cumplidos. Huérfano, y sin apoyo, pero jóven y con talento, los qué como yo, tienen la dulce satisfacción de llamarse sus buenos amigos, y de haber aliviado alguna vez su triste y precaria existencia, nos hacemos un deber en qué las sublimes inspiraciones de su fecundo y poético númen aparezcan a la vista de sus compatriotas; y yá que el Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación acaba de dar otra muestra del aprecio que le merece nuestra literatura con la decidida protección que há dispensado al Sr. Selgas; Si V. juzgase digna, como créo, de ocupar un sitio en las columnas del Heraldo, a ésta composición, espero de su amor al arte divino de Homero se servirá mandarla insertar, llamando al mismo tiempo la atención del Gobierno de S. M. sobre su desvalido autor, el Sr. D. Gaspar Núñez de Arce.

Créo superflúo entrár en más consideraciones acerca del mérito de la obra, por considerarlas ofensivas a la ilustración de V: y solo

le manifestaré para concluir, que está tomada al acaso de entre las muchas que el Sr. Núñez há escrito, inéditas cuási todas, siendo quizá una de las que menos valen la presente.

Con este motivo tiene el honor de ofrecerse suyo affmo. y s. s.
Q. B. S. M., Un amante de la literatura y amigo de la desgracia.»
En pliego aparte la siguiente poesía:

TOLEDO.—POEMA

INTRODUCCIÓN

Sobre una enhiesta cumbre se levanta
La orgullosa Toledo, adormecida
Por el rumor del Tajo, que su planta
De rosas cubre en la estacion florida.
En ellas trina el ruiseñor y canta
La tórtola de amores encendida,
Vertiendo siempre cuando el sól asoma
Música el ave y el pensil aroma.

Su curso el río, deleitable y ledó
Sigue, formando caprichosos lazos;
Y enmedio luce la infeliz Toledo
Su púrpura imperial hecha pedazos:
Se vén con pena, repugnancia y miedo
Ruinas y escombros, débiles retazos
De una grandeza que pasó liviana
Como niebla sutil de la mañana.

La mezquita orientál, el templo oscuro,
El fresco baño, la marmórea fuente,
La fuerte almena, el aspillado muro,
El régio alcázar y el gallardo puente;
Todo lo grande, magestuoso y puro,
Del tiempo y de los hombres se resiente
Enseñando su esencia descarnada
Que el mundo es *polvo*; su grandeza *nada*.

¡¡Oh Tiempo, Tiempo... mundanal carcoma!!!...
Nada resiste tu crüel estrago...
¡Tu vil guadaña las cervices doma;
Los pueblos mueren a tu impulso aciago:
La sabia Grecia, la opulenta Roma,
La belicosa y mercantil Cartago
A tu atrevido golpe con presteza
Inclinaron, humildes, la cabeza!

—
¡Miseria humanidad, débil é inerte
Tanto como feroz y destructora
Que anhelas armas, para darte muerte
Cuando la injusta guerra te debora!
Tu eres del tiempo la guadaña fuerte
Que hunde, tala, destruye, aterradora,
Y por eso tu esfuerzo furibundo
Rompe la obra de un siglo en un segundo.

—
Por eso de Toledo las almenas
Rotas están; los templos mutilados,
Perdidas las bellezas agarenas
Y los ricos alcázares quemados;
De verde musgo las columnas llenas
Y cubiertos los arcos ogivados
Y por eso el reptil humilde y rudo
Se oculta entre las grietas de su escudo.

—
¡¡Oh Toledo, Toledo...!! ¿Donde es ido
Tu glorioso esplendór...? Deja que llegue
Y apesarado el corazón y herido
Tus pardas piedras con su llanto riegue,
Y cuando el Sol en el ocaso hundido
Su roja lúz y claridad me niegue,
La blanca luna solitario me halle
Sobre las ruinas de desierta calle.

—
Y allí recuerde la memoria mía
Aquel tiempo feliz, pero lejano
De justas y tornéos, a porfía,

De zambra mora, ó de sarao cristiano;
Y siguiendo después por la ancha vía
de tu antiguo poder, miraré ufano
Extenderse y bullir en tu recinto
La Toledo imperial de Carlos Quinto.

G. N. DE A.

La letra de la carta es la misma que la de los versos. Copio ambos documentos con la misma ortografía con que están escritos. Voy primero a hacer algunas consideraciones y conjeturas sobre la carta, para tratar luego del poema.

En primer lugar, no tiene fecha. Pero el artículo de Cañete sobre Selgas nos pone en la pista. Efectivamente, en el 17 de abril del año 1850 aparecía en *El Heraldo* el trabajo aludido. Por cierto que no corresponde al número que cita la carta (2.433), sino al 2.423. La primera impresión al leer la carta es, indudablemente, de extrañeza. ¿Quién podría ser el anónimo autor que ocultaba su nombre bajo el título retórico de «Un amante de la literatura y amigo de la desgracia»? Además, si tan amigo era del poeta, ¿cómo ignoraba el lugar de su nacimiento, suponiéndole equivocadamente toledano? ¿Y de dónde sacaba la leyenda de la orfandad, pobreza y desvalimiento, conociendo el estado desahogado en que vivía su familia?

A primera vista sospéchase que el autor sea el propio Núñez de Arce. De ese modo quedaba explicado el seudónimo y hasta las mentiras de su orfandad, pobreza, etc., para con ellas hacer más eficaz su demanda. Pero ¿a qué entonces hablar de Toledo? Con ello no parece que pudieran aumentar las probabilidades de éxito. Por otra parte, puesto a escribir él a Cañete, ¿por qué no había de firmar con su nombre, si desconocido aún en Madrid, ya aplaudido en Toledo, donde con caluroso éxito se había representado su drama *Gloria y orgullo*? Parece natural que hablase de esto, de su nombramiento de hijo adoptivo de Toledo, a consecuencia de aquel triunfo, aunque esto también pudiera ocultarlo por no contrarrestar el efecto de pobreza. Sigamos haciendo conjeturas: el estilo de la carta no parece ser tampoco de un muchacho, y menos de un muchacho poeta; hay en él algo de artificio y falsedad retórica de dudoso gusto. Además, *nunca* usó Núñez de Arce de semejantes medios para el logro de sus deseos. Así me lo comunica su íntimo amigo y biógrafo el señor don José del Castillo y Soriano, a quien debo valiosas indicaciones en toda esta cuestión. Finalmente, faltaría confrontar la letra con la de

autógrafos viejos de aquella época del poeta. Como aún no he tenido ocasión de hacerlo, sólo provisionalmente siento la hipótesis de que la carta, en efecto, no es del autor de los versos.

¿De quién entonces? ¿De algún amigo, joven como él, que la escribiese sin él enterarse, ya que otra cosa no se puede suponer, porque toda la argumentación anterior podría aplicarse a este caso? ¿Qué importaba que fuese él o no el anónimo, si todo se hacía con su conformidad? El señor Castillo y Soriano me ha apuntado la idea de que pudiese ser aquel P. Loaysa, bibliotecario de la Catedral de Toledo, que tanto interés se tomó por su porvenir, viendo la aplicación y asiduidad con que el despierto muchacho asistía a leer. (Véase su libro *Núñez de Arce*, pág. 36.) La hipótesis me parece muy discreta. De ser verdad, el protector bibliotecario, que con seguridad guardaría no pocos autógrafos y versos del poeta, quiso darle una sorpresa agradable publicándole sin avisarle esta «introducción», que, sin duda, y a pesar de lo que diga, juzgó lo que mayores probabilidades de publicación ofrecía entre los versos que él poseía. Lo de la orfandad precaria, lo inventó, como ya apunté, para reforzar más la súplica. Lo de ser hijo de Toledo (siempre extraño), podría acaso explicarse por la adopción de la ciudad: claro es que esto no lo podía indicar porque anulaba, en parte, la impresión de desamparo que buscaba. El estilo presuntuoso y redundante («los que tenemos la dulce satisfacción.....», «de su amor al arte divino de Homero.....») quedaba así justificado en un clérigo ilustrado; y, finalmente, el seudónimo era de cajón después de haber mentido con tal descaro. Pero digo de esta solución lo mismo que de la de antes. Sólo conociendo la letra del P. Loaysa podríamos certificarla. Y dejando ya esta cuestión para cuando con más datos pueda resolverla, paso al estudio de los versos.

He anunciado que eran inéditos. En efecto, era de esperar. Cañete no había de guardarlos, si los hubiese dado a la imprenta, o, en todo caso, no los conservaría con tanto interés, en unión de la carta, y sin hacer sobre ello la menor indicación. Por otra parte, Núñez de Arce nunca aludió a ellos; su gran amigo el señor Castillo y Soriano no tenía noticia de tal poesía, ni oyó nunca a don Gaspar hablarle de ella, cosa que no hubiera dejado de hacer dado lo curioso del caso, y puesto que entre ellos no había secretos. Y he aquí otra razón más que refuerza el valor de las anteriores conjeturas sobre el asunto. Probablemente, don Gaspar se murió sin saber que Cañete conocía tales versos; pues aunque ambos se conocieran más tarde, juntos en la Academia y en otros puntos, las diferencias de ideas

políticas y de edad no permitieron establecer una gran intimidad (1). Todavía, dado caso de que Cañete se lo dijese, es obvio que Núñez de Arce no consentiría en la publicación, él tan escrupuloso en trabajar sus obras; al fin y al cabo se trataba de un ensayo adolescente, del que, si no avergonzado, tampoco debería mostrarse muy orgulloso.

Y en efecto. En *El Heraldó*, cuya colección de aquellos años he consultado, no se publicaron los versos. Cañete escribía allí con alguna frecuencia, publicando poesías, con juicios suyos, de Selgas, de Arnao y otros jóvenes de entonces. Pero el que había de sobrepujar a todos no alcanzó este honor. Es evidente que, pasados los primeros años, cuando, por el 55, empezó Núñez de Arce a ser favorablemente conocido como periodista y como poeta colaborando en *La Iberia* y en otros diarios y revistas, no había oportunidad ni pretexto para publicarlos, y así permanecieron inéditos hasta la muerte de don Manuel Cañete. Por si acaso, he mirado también *El Observador*, *La Iberia* y otros periódicos de la época, con el mismo resultado negativo.

Pasando ya al estudio del poema, no podemos hacernos ilusiones respecto a su valor intrínseco. Si en abril o mayo del año 50 hacía un año que los había compuesto, lo había hecho a los 17 años no cumplidos (contando con el error en que todos estaban entonces respecto al año de su nacimiento, declarado y resuelto por el señor Alonso Cortés: «Viejo y Nuevo». «Cuándo nació N. de A.») En esto no miente la carta. Aunque los acabase entonces de escribir, aun no contaba los 18 años. De aquí que no se trate, ni se pueda tratar de una obra maestra, ni casi siquiera digna de ser publicada. No es extraño que Cañete no se decidiera a hacerlo; verdad es que ¡cuántas peores hemos visto en letras de molde! Para nosotros, el interés único está en ser la primera de las poesías conocidas de su insigne autor. (La de fecha más vieja entre las publicadas, es la titulada «A mi madre en Viernes Santo» (1853). Pero en quien, como Núñez de Arce,

(1) Posteriormente, he visto en la Biblioteca las cartas de N. de A. a Cañete. La más antigua de su puño y letra está fechada el 23 de julio del 64. En la letra se observan diferencias acentuadas con la de la carta anónima, pero no tan radicales que cierren el camino a toda sospecha de identidad. En esas cartas el tratamiento es todavía de *Vd.* excepto en las últimas del 82 en adelante. Son todas de carácter circunstancial (recomendaciones, citas, etc.), salvo una fechada el 29 de marzo de 1875, en la que le envía su reciente libro «Gritos del Combate» y le suplica la publicación de su crítica que «a más de honrarme... puede facilitarme la venta de ejemplares.» Con ella se guarda la entusiasta y cariñosa contestación de Cañete.

fué la consecuencia una virtud toda la vida practicada, así en el orden político como en el literario, no es de extrañar que ya en tan lejana muestra apunte las dotes que luego habían de ser en sus poemas tan características, como trataré de demostrar en seguida. En suma: que la «introducción» a «Toledo» ni es tan *núñez de arcesca* que la pudiésemos identificar a habernos llegado anónima, ni, por el otro extremo, tan sin padre, que no se eche de ver en ella la huella de su autor, cuando ya *a priori* le conocemos.

Nos hallamos ante la introducción a un poema que había de titularse «Toledo» ¿Lo escribiría Núñez de Arce? Es muy probable que no; acaso tuviese preparados otros retazos; pero el escribir un largo poema épico es tarea tan pesada que pocos son los que la llevan a cabo. ¿Cuál sería el plan del futuro poema? Creo natural que se tratase de una evocación histórica, una más de las muchas que la imperial ciudad ha inspirado a los poetas. Así parece indicarlo el carácter *retrospectivo* de la introducción; estamos todavía en las postrimerías de la época romántica; aún están a la orden del día las leyendas y tradiciones históricas en que tantos primores ha hecho Zorrilla. He aquí el nombre que surge espontáneamente al tratar de señalar un modelo al joven poeta. Zorrilla era, como él, de Valladolid, como él también gran amigo de leyendas y tradiciones. (A los que duden de esta afición en Núñez de Arce, les recuerdo «El haz de leña», «Sancho Gil», «El miserere»... y, en general, todo el carácter político y patriótico, épico, después de todo, de su musa). Efectivamente, Zorrilla tiene una conocidísima composición que ostenta el mismo título, «Toledo».

La que empieza: «Negra, ruinoso, sola y olvidada—hundidos ya los pies entre la arena—». Me parece superfluo indicar que esta poesía la conocía bien Núñez de Arce y la tenía presente a la vista o en la memoria cuando trabajaba en su poema. La «introducción» está en octavas reales. La poesía de Zorrilla, empieza también en octavas, no reales, sino del gusto romántico con rima aguda en los versos 4.º y 8.º. Sería fácil indicar numerosas semejanzas mutuas. Por ejemplo, el carácter declamatoriamente elegíaco de ambas; los dos poetas increpan a Toledo y lamentan su actual postración y decadencia, recordando pasadas glorias y esplendores. En los detalles e imágenes adviértense también francas coincidencias. Así dice Núñez de Arce: «La orgullosa Toledo adormecida—por el rumor del Tajo que sus plantas—...» Ya había escrito Zorrilla: —«Duerme ¡oh Toledo! en la espumante orilla—de ese torrente que a tus pies murmura—...» «...duerme indolente al pie de su blasón.—» N. de A.: —«y en me-

dio luce la infeliz Toledo—su púrpura imperial hecha pedazos.—» Zorrilla: —«mal envuelta en el manto de sus reyes—aun asoma su frente carcomida;—» N. de A.: —«la mezquita oriental, el templo oscuro,—el fresco baño, la marmorea fuente—la fuerte almena, el aspillado muro—el regio alcázar y el gallardo puente—...» Zorrilla multiplica en sus versos estos recuerdos. N. de A.: —«por eso de Toledo las almenas—rotas están; los templos mutilados—perdidas las bellezas agarenas»... Digo lo mismo. N. de A.: «—y allí recuerde la memoria mía—aquel tiempo feliz, pero lejano—de justas y torneos a porfía—de zambra mora o de sarao cristiano...» Zorrilla: —Ya no hay cañas ni torneos, ni moriscas cantilenas—...»

Es, pues, indudable la influencia. Pero lo que nos debe admirar es precisamente a qué poco se extiende. Cómo, y a su pesar, palpita en el ensayo del joven poeta una incipiente y ya acusada personalidad. Ante todo, a pesar del ímpetu romántico, elige la octava real, como tradicionalmente se venía usando para los poemas largos, aunque ya Espronceda, Zorrilla, M. de los Santos Alvarez y otros poetas románticos habían faltado a la tradición. Hoy nos maravilla el favor que aún en pleno período romántico disfrutaba una estrofa tan difícil y tan cansada. Verdad es que pocas estrofas repetidas indefinidamente dejarían de producir esa monótona impresión de fatiga. Pero lo cierto es que nuestros oídos (los míos, al menos) no toleran el desesperante martilleo de una tanda épica de octavas reales.

No sé si será por la influencia todavía reciente de la educación retórica o por un curioso fenómeno de psicología adolescente, el caso es que los primeros ensayos de los futuros poetas suelen tener por base casi siempre el desengaño y ofrecer un cansado gesto de hastío de la vida y de prematura profundidad psicológica; y, en cuanto a la forma, gustan de adoptar la más sonora, rotunda y arriesgada. No podía menos de ser también así en los versos primerizos del que iba a ser el poeta de la duda, del escepticismo, de los grandes combates del espíritu, de los viriles apóstrofes patrióticos en cuanto al fondo, y en cuanto a la forma, el nervudo forjador de estrofas lapidarias y bronceínas. Cuando conocemos, por un feliz hallazgo, gracias a la diligencia de sus rebuscadores, los primeros ensayos poéticos de los después grandes y consagrados poetas, suele ocurrir que quedamos sorprendidos ante la divergencia desconcertante que entre el carácter de sus obras maestras y el de estos primeros balbuceos se nos muestra. Pero nuestro poeta, por el contrario, demuestra ya aquí una preoz desenvoltura y esboza en estas octavas los rasgos más característicos de su numen. Y no se entienda por esto que yo le atribuyo una

monotonía uniforme a lo largo de su obra poética. Ni era él de los que sólo saben pulsar una lira monocorde, ni deja de estar bien a la vista, para quien quiera comprobarlo, la flexibilidad y la renovación de un talento que evoluciona desde la sátira humorística y el romanticismo evocador de algunas de sus primeras poesías, a los acentos optimistas del «Sursum corda», pasando por el fragor y la pompa de los «Gritos del combate» y por las sucesivas modalidades y matices poéticos de los poemas.

Imaginemos ahora, por un momento, que en los cerebros y en los corazones de cuatro jóvenes poetas contemporáneos germina la idea entusiasta de cantar a Toledo. Los cuatro son forasteros. Todos ellos han venido a la ciudad del Tajo atraídos por el prestigio poético de su pasado, de sus monumentos, de sus ruinas, de sus tradiciones. Se llaman José Zorrilla, Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez de Arce y Gustavo Adolfo Bécquer. ¿Qué hubieran visto en Toledo? ¿De qué modo diverso hubiera impresionado el espectáculo de la vieja sede la sensibilidad artística de cada uno? De Zorrilla, no hay que hablar; ya lo hemos visto. Aunque lo más característico de él no sean los citados versos, sino las leyendas, los romances históricos de asunto toledano; su imaginación, herida por qué se yo cuantas sugerencias, deja brotar fácilmente generosos frutos que toman calor de realidad y se concretan en diálogos primorosos, en bizarríos y pendencieros caracteres, en paisajes policromos y fastuosos. Su riguroso contemporáneo Ramón de Campoamor, ¿qué hubiera hecho? ¿Podríamos conjeturar que le inspirase Toledo un romance medieval? Esto es absurdo. ¿Imprecaciones románticas? Menos. En verdad, que el bueno de D. Ramón se hubiera limitado a sonreír bonachonamente y cerrando los ojos al paisaje que nunca le interesó, se hubiera puesto a meditar sobre el engaño de las apariencias, y dejando resbalar la pluma nos hubiera legado una dolora, una fábula tal vez, que para el caso lo mismo era que estuviera firmada en Toledo que en Roma. ¿Y Bécquer? ¡Ah Bécquer! Al evocar su nombre encantador vienen a la memoria sus espirituales leyendas, que parecen urdidas de nervios de laúd y de melancólicos rayos de luna. Algunas de ellas están inspiradas en Toledo («Las tres fechas», por ejemplo). Gustavo era ante todo un lírico, o como bellamente dijo otro gran poeta, Rubén Darío, «era, después de todo, esta cosa formidable: un corazón». Nos hubiera dado, pues, una visión exacta del paisaje, pero siempre envuelta en las diáfanas nieblas de su aéreo subjetivismo. ¡Qué diferencias tan notables entre las obras, ciertas o presuntas de los tres poetas!

Y he aquí que aparece en las torcidas callejuelas toledanas nuestro Gaspar y quiere inspirarse en aquel ambiente; y aunque mozo todavía, casi niño, después de pagar el inevitable tributo al recuerdo histórico, frunce las cejas, ahueca la voz y dice con aire de demagogo o de profeta: «Todo lo grande, majestuoso y puro—del tiempo y de los hombres se resiente—enseñando su esencia descarnada—que el mundo es *polvo*, su grandeza *nada*».—Y no contento con esto, se encara con la humanidad y exclama: «¿Miseria humanidad, débil e inerte...»

En este afán de filosofar, en este ansia generalizadora, en este acento cálidamente viril y declamatorio, está, a mi modo de ver, lo personal de Núñez de Arce. No es sino esto lo que luego hallamos en sus poesías de madurez, en sus celebradas estrofas políticas. ¿No es curioso, y hasta simpático, ver a un jovencillo, para el que aún no existen penalidades ni desengaños, encararse con la Humanidad, increpar al tiempo y hablar, en suma, como varón maduro y experimentado? Pero es que además esto es lo mejor de los versos. El propio autor de «La duda», de «Estrofas», del «Miserere», no aventaja apenas en nada al de esta introducción en algunos momentos felices. Por ejemplo, los versos tercero y cuarto de la segunda estrofa, el último de la tercera, los primeros de la séptima y las octavas cuarta y quinta enteras, que son, en conjunto, las mejores por su factura clásica y por lo rotundamente terminadas. Nótese también la obsesión de los epítetos elegidos ya, en general, con acierto más plástico y rítmico que descriptivo o evocador. «La orgullosa Toledo», «la infeliz Toledo», los de la octava tercera, que casi sobran todos, «la sabia Grecia, la opulenta Roma», etc. No es de extrañar que en otros lugares vacile su inspiración, acogiéndose a ideas y versos ya hechos, y hasta incurriendo en ripios tan inocentes como el *puro* del verso veintiuno, el *me halle* para la *calle* y el reptil *rudo* (?) para el *escudo*.

En resolución: Cañete no publicó los versos; y los lectores de *El Heraldo* no perdieron mucho. Nada gana la gloria de su autor con darlos a conocer. Si perteneciesen a un poeta anónimo, a un cualquiera, me atrevería a decir que bien archivados estaban. Siendo de quien son, los leemos con gusto, y, sobre todo, ofrecen un interés inapreciable para poder estudiar la formación de su personalidad.

GERARDO DIEGO CENDOYA.